

LIBROS

“LOS OSCUROS FUEGOS”

DE

JUSTO JORGE PADRÓN

No es nada nuevo afirmar que la poesía de siempre se ha montado sobre un recuerdo, pequeño, mediano o grande. Parece como si despojado de la memoria no se pudiera escribir poesía. Y que nuestra misión se reduce de modo muy sucinto a precisar el lugar del recuerdo y anidado en el tiempo, el por qué del recuerdo, el cuándo del recuerdo. Ya da lo mismo que se trate de buenos o malos recuerdos, immanentes o trascendentales, de aquí o allá. Lo que nos importa en primer lugar es descubrir la puesta en pie, la distinta realización, la forma que adquiere este recuerdo en el verso del poeta. Cuando Juan Ramón Jiménez escribe: “Yo tengo escondida en mi casa, por su gusto y el mío, a la poesía, y nuestra relación es la de los apasionados”, sabemos que esta Poesía, con mayúscula, tan bien escondida no es otra cosa sino el recuerdo, un recuerdo, este recuerdo, que con su campana de plata, bronce o cristal lo llama insistentemente para que no sea olvidado. Justo Jorge Padrón, que no deja de ser nunca un poeta insular, — “allá, en el fondo, el mar, — siempre el mar rodeándonos — con su acero lejano e implacable” — escucha los relojes de otras horas, esos que marcan los oscuros fuegos del pasado. Nuestro poeta nos da la clave de su trabajo al avisarnos que nos fijemos en los oscuros fuegos, no en los brillantes o claros fuegos, sino en los oscuros. Que es como han llegado hasta él, en “la ancha fugacidad irremediable de los días”. Su voz pregunta al recuerdo la esencia de su poderío, manifiesta la di-

mensión de su sentimiento y hasta la manera del crecimiento de un reino de las sombras. Melancolía, soledad, frustración, así se exprime el recuerdo de Justo Jorge Padrón, después de bien macerado y expuesto a la humedad de la noche, aunque siempre haya un cansado deseo de comenzar mañana. Al poeta se le hacen difíciles las palabras para decirnos “el amargo vino de los días tristísimos”, los que van desenvolviéndose frente a nosotros en cada uno de los poemas. Esas palabras que no son iguales ni parecidas a las de otros líricos de su generación le conceden un rango importante en el panorama de la poesía nacional. Justo Jorge Padrón marcha por su propio camino, un difícil y soledoso camino, que él ha sabido desvelar con el ánimo más obstinado, única manera de descubrir el único itinerario fiel a su propio destino, vocación o realidad hallada. Han existido unas “oscuras horas” que se desperdiciaron, pero que han logrado la supervivencia en esas voces, melodías o ritmos de un “adagio” cantado sobre un tranquilo discurrir, una elegíaca escritura y la contenida gravedad de lo que se dice en secreto: “Su patrimonio de hombre solo”.

Un gran libro “Los oscuros fuegos” (1), con su deseo inquebrantable de darnos la palabra más veraz, sencilla y leal, esa voluntad de mantener la memoria despierta para que nada se escape y la perenne vigilancia de conservar siempre las ausencias. Una obra dotada de una extraña unidad, a pesar de una cierta presumida dispersión mantenida por esa mirada hacia atrás puesta en el revés y el derecho de la memoria para que ningún objeto, persona o hecho se pierda, hasta lograr el mejor peso, el más exacto sentimiento, el método más exigente de captura.

DOMINGO PÉREZ MINIK

(1).—Justo Jorge Padrón. “Los oscuros fuegos” (accésit Adonais 1970). Ed. Rialp, S.A. Col. Adonais. Madrid, 1971. 58 págs.

“OBRAS COMPLETAS”

DE

MIGUEL LABORDETA

Es triste que en este mundo nuestro de las letras para convencernos del interés y la importancia de una obra tengamos que sufrir las inclemencias de una constante publicidad, de una eficaz “campana de promoción”, ajena por completo a la función esencial de la obra en cuestión; o, en su defecto, esperar que el autor haya muerto y todo sea ediciones póstumas y sonoras alabanzas críticas. Muchos han sido los casos de “redescubrimiento”, o de “relanzamiento”, de escritores y obras que si en su momento pasaron inadvertidas para la crítica, esta misma se ha apresurado a zarandear, y a aprovecharse de ellas para lavar su conciencia, en las celebraciones necrológicas.

Esto ha sucedido con el poeta zaragozano Miguel Labordeta (1921-1969), cuyas obras completas acaban de ser editadas (1) a casi dos años de su muerte. Si el nombre de Miguel Labordeta —e incluso alguna vaga referencia a su obra— era conocido a través de algunos recuentos históricos y antológicos de la poesía de posguerra, su obra, su poesía, de insospechadas calidades, había permanecido poco menos que oculta. De una parte, por la personal condición de Labordeta, retraído, apartado de toda polémica, de toda “escuela”, de todo nuevo movimiento, enclaustrado casi en su capital de provincia (¡mala cosa esto de ser escritor “de provincias”!); pero laborando por una poesía que era, por encima de toda otra condición, rabiosa e inquebrantablemente suya. Pero no ha sido únicamente su desinterés por la vida pública la causa de su casi total anonimato para la poesía española de hoy. No hay que olvidar el desinterés que el mundo de la poesía y la crítica española (salvo excepciones tanto más honrosas por lo escasas) ha mostrado hacia su obra; el olvido (¿voluntario?) hacia uno de los más interesantes tra-

bajos poéticos de los últimos veinticinco años.

Miguel Labordeta, al no doblegarse ante tendencias, grupos, focos capitalinos de irradiación...; al no someterse al juego editorial, salvaguardaba su integridad y plenitud poéticas, pero arriesgaba mucho; como se ha visto, todo. Buena labor, pues, la que ha emprendido la editorial Javalambre al publicar este amplio volumen, excelentemente editado como acostumbra, y a través del cual nos es dado asistir (y lamentar nuevamente, a título personal, el retraso con que me es dado acercarme a él) al enjundioso y totalizador mundo poético de Labordeta. Una poesía que es la consecuencia de un consciente trabajo sobre la temática y las formas. Una poesía que, si bien es hondamente subjetiva, intimista en ocasiones, reflexiva a nivel personal, tiene el suficiente vigor para alcanzar ámbitos totalizadores. Una poesía que si hunde sus raíces primeras en el surrealismo, sabe utilizarlo luego adecuadamente, a lo largo y ancho de su camino. Una poesía, en fin, que si empieza abarcando el dilatado espacio de la narración “epilírica”, va a sustancializarse, a esencializarse, hasta conseguir que la palabra por sí misma, fuera de toda estructura sintáctica, fuera de todo ropaje, adquiera total y pleno valor.

El comentario que merece este libro debe ser muy amplio, muy minucioso, muy detenido. Es más, yo diría que es un libro para la discusión, para tratarlo *vis a vis*. Por ello prefiero dejar al lector con él, ofrecerle “la ocasión estética de dejarse arrastrar por las imágenes apocalípticas y atenzadoras, por los acongojantes soliloquios de una voz torrencial, bullidora, irónica y amarga, vencida, al fin, por su propio destino”, como afirma Ricardo Senabre.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(1).—Miguel Labordeta. “Obras completas”. Ed. Javalambre. Zaragoza, 1972. 328 págs.

“LOS VERDUGOS ESPAÑOLES”

DE

DANIEL SUEIRO

Conocí a Daniel Sueiro (La Coruña, 1931) hace unos años, en Las Palmas, cuando vino a dar unas conferencias que nunca llegaron a ser. Es hombre sencillo, equilibrado, sereno. Desde luego, nada apasionado. Ya había leído entonces “Corte de corteza” (Alfaguara, 1969), novela de inusitado interés y que hablaba de un escritor hecho, de un escritor importante. Por entonces acababa de publicarse también el resultado de una difícilísima investigación que el propio Sueiro había llevado a cabo sobre los pormenores de la pena de muerte (“El arte de matar”, Alfaguara, 1968), y él mismo me dijo que ya llevaba muy avanzado otro estudio, complementario de este último, sobre los ejecutores de sentencia en España, sobre los verdugos españoles, que ahora acaba de publicarse (1).

“Los verdugos españoles” es —una vez más— resultado de una paciente y minuciosa labor de investigación, pero a la que se ha desprovisto de toda la aridez que este tipo de trabajos comporta, cargándola, sin embargo, de la espontaneidad e interés que han quedado en el autor de su oficio como escritor, como novelista. El libro es un dilatado y jugoso informe sobre la existencia, historia, trabajo y experiencias de los verdugos que aún existen en España. A ello se suma el testimonio directo, las conversaciones y encuestas que el autor mantiene con Bernardo, Antonio y Vicente, que dejan un regusto entre patético y pintoresco; entre sobrecogedor y folklórico, que le dan al libro (casi 900 páginas con profusa documentación gráfica) la frescura y la ligereza de una verdadera novela testimonial).

Ya el primer capítulo, donde Sueiro parece complacerse en enumerar las causas que llevaron a tantos condenados en los diez primeros años de la posguerra a la pena capital, nos anuncia la narración escueta, fría, objetiva, distanciadora, y por

ello, precisamente, profunda y sobrecogedora que presidirá todo el libro. Curioso libro, y valioso. No sólo porque sea reflejo de una serie de hechos constatados por actas oficiales, por documentos y datos gráficos, orales y anecdóticos, sino porque nos pone de nuevo en el disparadero de comprender cómo se entiende, cómo se vive (valga la paradoja) la muerte entre los españoles. Me imagino a los devoradores de esta clase de publicaciones solazándose con los sorprendentes relatos de Sueiro y sus informantes; y pienso que si no será también eso uno de los síntomas que, implícitamente, está denunciando el autor al pechar con un trabajo tan extraño, tan desusado en nuestros investigadores, pero igualmente importante e interesante. Más que un informe, más que una simple recopilación de datos, por atrayentes que éstos puedan ser, “Los verdugos españoles” se puede convertir por mor de su existencia en una sociedad determinada, y entre unos lectores determinados, y por supuesto de la tácita finalidad del autor, en un tratado de psicología y sociología típicamente hispánicas.

Daniel Sueiro, escritor que no en vano tiene bien definidas sus raíces galaicas, se ha atrevido con un tema difícil, tabú, pero consustancial a esa peculiaridad étnica del pueblo gallego de reconocerse, de encontrarse en las situaciones más sorprendentes y hasta contradictorias. Su contribución con este libro (aparte, repito de lo minucioso, exacto y pormenorizado) es inestimable puesto que comporta una entrega humanísima, un sentido en el contar y discurrir de su trabajo que lo hacen aparecer como ese verdadero escritor que es, y que —aunque haya guardado este largo silencio laborioso— debe seguir siendo. ¿Veremos pronto la próxima novela de Daniel Sueiro una vez concluido este arduo y positivo trabajo que hoy anotamos?

J. R. P.

(1).—Daniel Sueiro. “Los verdugos españoles”, Ed. Alfaguara. Madrid. 1972. 860 págs.